

## Cómo formar lectores

*Aidan Chambers*

He sido invitado para hablar sobre la promoción de la lectura entre los niños y jóvenes. Cuando le pedí a uno de los valientes organizadores de nuestro congreso, mi colega Rindert Kromhout, que me aclarará lo que el comité quería que hiciera, me dijo en una frase, lo siguiente: “Aquí hay un libro maravilloso, allí hay un grupo de niños ¿qué sigue?” Para ser honesto, al principio me sentí muy abatido. Durante los cuarenta años de mi carrera, como autor y profesor, he hablado y escrito acerca de este tema tantas veces que tengo la terrible sensación de que ya debo haber dicho todo lo que quería decir a todo el mundo. Pero con una paciencia estoica, Rindert me instó a que lo hiciera una vez más. Entonces quiero comenzar diciendo que yo me considero hoy en día como un recordador, alguien que presta ese servicio que los ancianos siempre prestaban cuando la familia se reunía para celebrar uno de sus rituales, de la misma forma que estamos reunidos hoy aquí: el servicio de recordar a la familia las historias antiguas y las simples verdades que es fácil para todos nosotros, pero más fácil especialmente para los jóvenes, olvidar en el duro trajín de la vida diaria. Porque una de las cosas que he aprendido en mi trabajo con gente de todas las edades es que según la forma como se hacen los lectores, las cosas que los adultos tienen que hacer para ayudar a los niños a crecer como lectores literarios atentos que disfrutan de la lectura, son bien comprendidas. No existe una fórmula mágica. No hay un método ni una técnica que inevitablemente tenga éxito. No hay ningún secreto. Lo que hay es una receta, una lista de ingredientes, algunas instrucciones básicas que, si se siguen día tras día, tienden a producir el resultado deseado. O, para cambiar la metáfora, hay un medio ambiente, una ecología cultural, en la cual las personas tienden a crecer como lectores saludables y comprometidos.

Solamente “tienden” porque estamos tratando con seres humanos y nada que tenga que ver con los seres humanos es infalible.

Lo que la receta es, lo que las condiciones ecológicas son, vendrá en un momento. Pero primero quiero presentar algunos puntos generales que me parece que a veces son pasados por alto cuando se discute este tema.

Primero: Todo lo que tiene que ver con la promoción de la lectura conlleva hacer juicios de valor. Por ejemplo, tomemos la útil frase de tres partes de Rindert: “Aquí hay un libro maravilloso, allí hay un grupo de niños, “¿qué sigue?”

Observen la primera parte:

Aquí hay un libro maravilloso.

- ¿Quién dice que es “maravilloso” y cómo lo sabe?
- ¿Sobre qué base se hace este juicio de valor?
- Y ¿por qué éste libro maravilloso debes ser revelado a ese grupo de niños en lugar de algún otro libro maravilloso?

Consideren la segunda parte: Allí hay un grupo de niños.

- ¿Por qué debe presentarse el libro maravilloso a este grupo de niños en particular?

Conferencia pronunciada en el 25° Congreso Mundial de IBBY en Groningen, Holanda, septiembre 1996. En Hojas de lectura No. 45. Bogotá, abril 1997, pp. 2-9. Disponible en: [http://www.lablaa.org/blaavirtual/ninos/sitio\\_lectura/noviembre/educadores.htm](http://www.lablaa.org/blaavirtual/ninos/sitio_lectura/noviembre/educadores.htm)

- Y ¿Por qué el persuadirlos a leer este libro es una utilización tan valiosa de su tiempo que es mejor para ellos que hacer alguna otra actividad?

Ahora miremos la tercera parte:

¿Qué sigue?

- ¿Cómo decidimos que debemos hacer luego? Sobre cualquier cosa que decidamos, hacemos un juicio de valor acerca de que este enfoque es mejor, o más benéfico que otro. Estoy haciendo mucho énfasis en este punto, por dos razones. Para comenzar, durante los últimos treinta años aproximadamente hemos estado atrapados en una aberración cultural llamada postmodernismo. Gracias al cielo, hay señales de que ahora estamos escapando de ella, pero la herida ha sido profunda. Una de sus manifestaciones más crudas, una promulgación impuesta por sus seguidores, es que los asuntos sobre valor no significan nada en relación con la literatura. En realidad, nos dicen, no existe algo que sea la literatura, sino solamente textos, todos los cuales tienen meramente una condición neutra, por lo menos cuando son separados de los lectores específicos.

Hacer juicios de valor a nombre de los niños es una habilidad esencial e inevitable del trabajo de todo adulto que sea responsable del crecimiento y educación de los jóvenes. Por lo tanto debemos estar seguros de lo que consideramos valioso y por qué.

La promoción de la lectura es lo mismo bajo todas las circunstancias. Para ponerlo en términos políticos: aquellos de nosotros que estamos involucrados en la promoción de la lectura no pertenecemos todos al mismo grupo. Por ejemplo, cuando editores crudamente comerciales promueven la lectura, su objetivo es vender más de aquellos libros que les dejan mayores utilidades. Esa es la razón por la cual le dedican mucho tiempo y dinero a publicar libros y autores que ya están en la lista de los más vendidos y le dedican el menor tiempo posible a libros y autores que, sin importar cuáles sean sus méritos, no se venden muy bien. Lo que promocionan es la lectura de libros que la gente ya sabe que le gustan. Los profesores, por otra parte, promocionan la lectura de libros que tengan importancia para el currículo. Y cuando los adultos quieren que los niños se acuesten, promocionan la lectura del tipo de historia que alegre la mente, calme el espíritu, amortigüe la energía y termine por hacer dormir a los niños. En cada caso el juicio de valor que se está haciendo se relaciona más con algo diferente al libro mismo o al acto de leer por el placer de hacerlo: en un caso, ganar dinero, en otro lograr el éxito académico, y en el tercero el uso de la lectura como soporífero.

Lo que usted piense que es buena lectura determinará qué libros escoja promocionar y qué métodos use para hacerlo. Siendo este el caso, quiero aclarar que no estoy en lo más mínimo interesado en el negocio de ganar dinero con los libros. Yo no considero que los lectores sean clientes. Ni estoy interesado en que la lectura sea únicamente una habilidad necesaria para lograr el éxito académico. Y aunque comprendo a los adultos que tienen que hacer dormir a sus niños todas las noches, no estoy interesado en la lectura como un soporífero. Todo lo contrario, solamente estoy interesado en la lectura que nos despierta, que abre nuestros ojos, que activa el mundo, estimula nuestra mente e

imaginación, amplía nuestra visión y, sobre todo, porque es lo primero de todo, la lectura que genera, detalla, refina y fructifica nuestro encuentro con el idioma. Y no solamente el idioma en cualquier figura o forma, sino el lenguaje que requiere que utilicemos la habilidad más compleja conocida por los seres humanos: la interpretación de aquellos signos abstractos que llamamos el idioma escrito cuando se usan en el tipo de texto que llamamos literatura. Involucrados en esa potente actividad están una ética, un flujo de libertades y responsabilidades que ahora necesitamos enseñar de una forma en que nunca tuvimos que hacerlo antes. Esto es así en parte debido al perjuicio causado por esa aberración de la que hablé anteriormente. Pero, principalmente, tiene que ver con las nuevas condiciones culturales originadas por la revolución electrónica. Quiero decir, por ejemplo, que como lector usted no puede hacer que un texto signifique lo que usted quiera que signifique. Los textos tienen significados incorporados en ellos y el lector tiene la responsabilidad de descubrirlos y seguirlos; lo que quiero decir es que los escritores tienen responsabilidades con los lectores. Quiero decir que tanto el escritor como el lector tienen responsabilidades con el texto. Mejor dicho, que un libro es un objeto particular de objeto que manifiesta características de definición particulares. ¿Qué es después de todo un libro? Aquí está mi definición:

Un libro es una secuencia de páginas en las cuales aparecen marcas que comunican significados, todas las cuales están unidas en un orden autorizado. En otras palabras, por la naturaleza de su ser, un libro es el enfoque de dos clases de autoridad. Una es la autoridad del escritor que arregló las palabras en las páginas, arregló las páginas en un orden dado, e indicó su intención uniendo esa secuencia de palabras y páginas. La otra es la autoridad coigual del lector. Este puede hacer lo que quiera con el texto, porque ¿quién lo va a detener? Puede leer de para atrás si quiere, puede hojear y ahondar, puede leer por un momento e interrumpir durante un rato, puede leer algo y nunca leer el resto. En ese sentido, el lector está a cargo y el escrito es impotente. Pero los lectores educados saben que la naturaleza ética del contrato no escrito entre el escrito y el lector es que el lector respetará lo que el escrito ha hecho, no lo alterará ni lo reorganizará, pero en algún punto, y más temprano que tarde en la experiencia de la lectura, atenderá al texto en el orden de su secuencia reunida. El respeto al escritor, y el respeto por la forma de comunicación que llamamos libro, nos dice que el buen lector le hará la atención al escritor de leer el texto en la secuencia reunida y lo leerá todo, tanto los pasajes aburridos como los que inmediatamente captan su atención. Y, cuando una primera vez que se lee demuestra que el texto vale la pena, los buenos lectores san que releer es tan importante como leer por primera vez. De hecho, con los mejores y más grandes textos, releer es esencial: usted no puede captar lo que importa sino hasta que lea otra vez.

Todo lo que necesito decir acá es que en la actualidad, si se quiere que la promoción de la lectura valga la pena, debe ocuparse de la ética de la actividad. Los niños de la era electrónica no saben acerca de la ética de leer libros, ya que los medios de comunicación electrónicos son contrarios, diferentes y aún opuestos a los libros.

Ahora, sobre los aspectos específicos de la promoción de la lectura, esa receta, esa lista de instrucciones, ese medio de los cuales hablé al comienzo. Aquí hay un libro maravilloso, allí hay un grupo de niños, ¿qué sigue?

Sigue hablar. Si usted no conoce a los niños, no puede saber la mejor manera de promocionar su lectura de este libro maravilloso. Así que primero tenemos que conocernos. Y lo que yo particularmente quiero saber es qué han leído estos niños

recientemente, qué les gusta leer por sí mismos, qué libros le dirían a sus amigos que son los mejores que han leído, cuál es el libro más difícil que han leído. Cuando sé estas cosas, tengo alguna idea sobre si este libro maravilloso que quiero que los niños lean tiene probabilidades de tener un atractivo inmediato, o será considerado como difícil, raro, aburrido, o cualquiera de esas otras palabras que los niños usan cuando quieren decir que prefieren no molestarse con este libro maravilloso, gracias. De esto estoy seguro: si a todo niño desde el primer hasta el último día en la escuela se le exige que lleve un Diario de Lectura de todo lo que lea o haya leído, en el cual se registre el título, autor y fecha en la cual el libro fue terminado, entonces saber qué libro maravilloso persuade a ese niño para que lea sería una tarea mucho más fácil y mucho más exitosa de lo que con frecuencia es. Este simple dispositivo también influiría en la perspectiva que tiene el niño sobre sí mismo como lector. También sé que leer en voz alta es la forma más exitosa y agradable de presentar casi cualquier texto literario a cualquier grupo de gente, sin importar su edad. Nunca debemos olvidar que leer en silencio para sí mismo es un fenómeno comparativamente reciente. ¿No fue San Agustín quien anotó, con asombro, queso amo Ambrosio era un hombre capaz de leer sin mover sus labios? Eso debió haber sido alrededor del año 370 según el calendario cristiano. En palabras la lectura de libros, para aquellos que formaron nuestra cultura occidental –los griegos, los judíos, los romanos, los cristianos- era una actividad social, comunal y de escuchar.

Todavía lo es cuando estamos aprendiendo a leer por nosotros mismos. Aprendemos cómo es un texto, cómo se desempeña el drama, cómo está orquestado el lenguaje, cuándo el texto es rápido y furioso, cuándo es lento y contemplativo, divertido o solemne, a qué le debemos prestar atención, escuchando a alguien que sepa como interpretarlo con la lengua. Leer en voz alta es una actividad esencial en la promoción de la lectura. Tan esencial, que si yo fuera Ministro de Educación, pasaría una ley en el sentido de que todos los profesores en todos los salones de clase en todos los niveles educativos deberían leer en voz alta una pieza significativa de literatura a los estudiantes. Por “significativa” no quiero decir extensa. Cinco líneas de poesía valiosa son más significativas que cinco páginas de prosa modesta. Y después de la lectura el profesor tendría que explicar brevemente por qué considera que esas pocas líneas impresas merecen la atención de los estudiantes.

En mi experiencia, ningún otro método de promoción de la lectura ha sido más productivo que la lectura en voz alta de una muestra de un texto que he querido que los niños lean por sí mismos.

Una de las mejores formas de promover la lectura es hacer que los lectores potenciales oigan a la gente que es buena para hablar sobre los libros, los autores: ellos son los que más los quieren. Y asegurarse de que la gente que hace ésto para los niños sea de muchas clases diferentes, que venga de muchas ramas de la vida y que incluya tanto a niños como a adultos. Al final hablar es lo que hace a los lectores y lo que mantiene a los libros vivos.

Pero todo lo que se pueda hablar en el mundo es inútil si nunca leemos ninguno de los libros sobre los que estamos hablando. Leer, como recordé anteriormente, es una función de tiempo. Usted no puede hacerlo a menos que lo haga. Usted no puede leer a menos que le dedique el tiempo necesario a este maravilloso libro que alguien lo ha persuadido de que merece su atención.

Cuando nuestros políticos, de quienes no se puede decir que sean notables por su sofisticación como lectores literarios, se quejan acerca de la decadencia de lo que a ellos les gusta llamar “estándares de lectura”, e imponen en nosotros ésta o aquella última moda para corregir este estado de cosas, lo que ellos siempre ignoran es una simple verdad. A menos que todo niño tenga tiempo para leer por su propio interés todos los días, entonces ninguna publicidad, ningún método de enseñanza ni ninguna técnica para elevar esos estándares tendrá efecto duradero.

Lo mejor que cualquier gobierno puede hacer, si en realidad desea ayudar a mejorar las competencias de lectura de su nación, es pasar una legislación que no solamente inste sino que obligue a las escuelas a proporcionar un período de tiempo apropiado todos los días de estudio en el cual todos –estudiantes, profesores, personal auxiliar- lean para sí mismos. Los libros leídos por los estudiantes serán escogidos por ellos mismos pero decididos en consulta con sus profesores. Y por “período de tiempo apropiado” quiero decir el tiempo requerido para que los estudiantes alcancen un sentimiento de placer de lo que están leyendo. En términos reales, eso significa cerca de veinte minutos de tiempo de lectura ininterrumpido para los niños de edades de ocho y nueve años, aproximadamente veinticinco a treinta minutos para niños de diez y once años y más para estudiantes mayores.

Aquellos que dicen que las escuelas no pueden proporcionar tanto tiempo todos los días para la lectura porque hay muchas otras cosas que hacer, sólo están diciendo que no creen que la lectura importe mucho, que sólo es un asunto funcional, solamente una herramienta utilizada en otros campos más importantes del estudio. Yo difiero enérgicamente de esa afirmación. La habilidad de interpretar todos los textos con sutileza es la base esencial de nuestra vida diaria, sin importar lo que hacemos para vivir. La lectura literaria se trata de eso. Por consiguiente debe ser el corazón de la educación. Es una prioridad y como tal debe tomarse.

Si queremos promocionar la lectura entonces tendremos que promocionar tan vigorosamente como podamos la importancia y la necesidad de tiempo para leer.

Desde 1982 he estado tratando de descubrir cuántos y cuáles libros para niños necesita haber leído un estudiante para maestro si quiere ser competente como promotor de lectura desde el primer día de su primer trabajo de entrenamiento. Creo que tengo la respuesta. Aproximadamente 500. Cerca de 150 son libros de ilustraciones, aproximadamente 150 son novelas. Cerca de 75 son libros de poesía. Otros 75 más o menos son libros de cuentos de hadas y tradiciones. Más o menos 100 son textos ilustrados del tipo que los niños necesitan cuando acaban de aprender a leer solos. El resto, cerca de 50, son representativos del tipo de libros que no pueden ser clasificados. Y naturalmente los 500 son seleccionados porque representan a los mejores de su clase que han sido producidos en el pasado y que se están produciendo en la actualidad.

En nuestras sociedades es verdad que la escuela es el lugar donde la gran mayoría de nuestros niños se convierte en lectores, donde todos los niños deben estar en un ambiente de lectura y donde deben encontrar adultos capaces de ayudarlos a crecer convirtiéndose en lectores literarios profundos y para toda la vida. Así que mi punto final es este. Si realmente queremos hacer algo que tenga un efecto amplio y permanente sobre la promoción de la lectura debemos concentrarnos en un entrenamiento y reentrenamiento debidos de profesores y bibliotecarios, y en la creación de un ambiente de lectura en toda escuela, respaldado por una amplia provisión de

libros. Sin esto, todo lo demás que hagamos es bueno para algunos pero no para todos, tiene resultados parciales y efimeros. Así, que como pueden ver, no me puedo abstenen de concluir donde comencé: Todo lo que tiene que ver con la promoción de la lectura depende de lo que juzguemos que sea de valor.